

Mirador



Noventa años

La vida es demasiado corta para dedicarla al ajedrez, escribió el gran poeta británico Lord Byron. Esa es una de sus frases más célebres. Otra frase suya que tampoco tiene desperdicio es aquella que asegura que *el dinero cantante y sonante es la Lámpara de Aladino*.

Suponemos que el poeta quiso decir que ese dinero cantante y sonante es lámpara maravillosa para quienes cobran, porque los que pagan, después de hacerlo, quedan muchas veces a oscuras.

Nos gustaría saber, por cierto, que pensaría Byron del llamado *dinero de plásticas*; decir, de las multicolores tarjetas de crédito. Un dato intranquilizador, incluso para los poetas más románticos: en lo que llevamos de año el aumento del paro y la subida del precio de las hipotecas han triplicado en este país el índice de morosos.

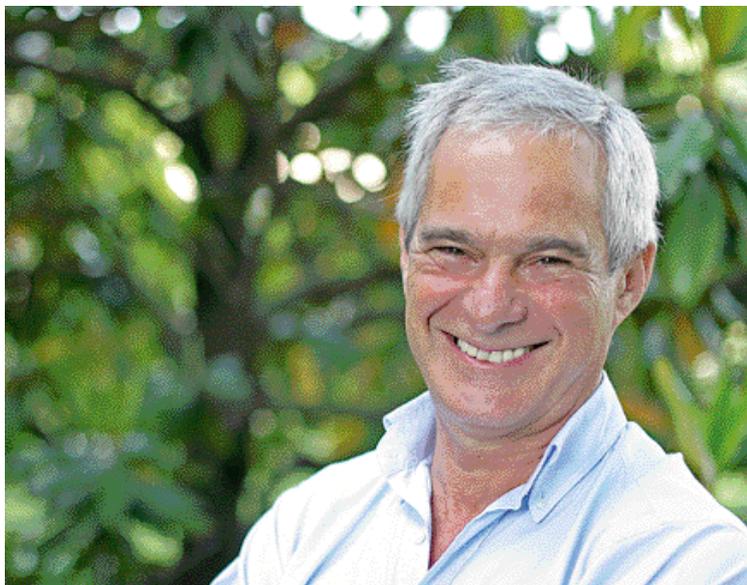
En fin, ya que hablamos de poetas, hace unos días se cumplieron noventa años desde la muerte del vate francés Guillaume Apollinaire, considerado como el abanderado de los modernos poetas y de quien se dice que fue el primero en utilizar los términos *surrealismo* y *surrealista* Guillaume Apollinaire, que nació en Roma y luego se nacionalizó francés, fue hijo natural de un soberbio príncipe suizo-italiano, Francesco Flugi D'Aspermont, quien le abandonó cuando solamente era un niño.

Lo que son las cosas: hoy, cuando nadie se acuerda de aquel soberbio príncipe, son legión los que recuerdan y reverencian a su hijo abandonado. Todo es cuestión de esperar para que la historia sitúe a cada cual en el puesto que le corresponde.

Javier Tomeo

El sí de los peces

Javier Postigo: cuentos para beber



Javier Postigo es una voz despierta y hábil, bien pertrechada para la aventura. Foto Lobo Altuna

Hay una literatura en la que nada extraordinario pasa y, sin embargo, todo tiene un extraño poder de convicción, un hábito de instante único en el que el yo traza su seductora crónica con un estilo rápido e incisivo que no atiende a transiciones, ni escamoteo psicológico alguno. En autores como Stendhal, Cendrars o Baroja la acción hace al hombre. Tal como señala José Alberich en su estudio *Los ingleses y otros temas de Pío Baroja*, se trata de escritores cuyo estilo y técnica se han ido depurando hasta alcanzar los logros de la improvisación. "La fascinación de estos escritores —señala Alberich— consiste precisamente en que piensan y escriben ante nuestros ojos, en que el proceso creador se desarrolla a nuestra vista, sin trampa ni cartón. Y con ello nos hacen confidentes suyos, asociándonos a su marcha en estrecha complicidad".

Literatura que no es sino una continua afirmación en la acción, esa irreducible pulsión por persistir en el movimiento.

Sirva esta nómina de maestros del humorismo para saber de qué actitudes literarias bebe Javier Postigo. *Besos de pez* está contagiado de una espontánea alegría, imbuido de la barojiana pretensión de entretener que el de Vera tenía reservada para la literatura, con el solo placer de contar, con la sola seducción sin efecto de la anécdota bien tramada, con mansa ironía.

"Yo soy el otro"

Javier Postigo pertenece a esa inusual raza de escritores que está en la vida; que la recorre y pone en marcha con la complicidad y participación de todos los demás hombres que acompañan su tránsito. Esta singular especie se confunde en las calles, las toman al asalto, las recorren después con vocación animal, ajenos a los amaneramientos que impone todo oficio. Su estilo es siempre el simple precipitado natural de quien camina y habla.

Javier Postigo no construye ningún mundo particular, diferente en esencia del por todos consensuado, no somete la experiencia de lo vivido a examen moral alguno, ni somete a su memoria o a la de sus personajes bajo los vicios de la introspección o los excesos de un yo demasiado grave. Y sin embargo la suma de los textos, en la sencillez y claridad de la anécdota, en los fragmentos de vida rápida y hábilmente cosidos, vida nítida y común asumida con una tierna despreocupación, con barojiana piedad, arroja una vital enseñanza; toda esta conjunción de lo cotidiano sin estridencias revela una fe profunda en la vida como pulsión, en la realidad de un mundo abierto a lo posible.

Recorre muchos de estos relatos un sexo ameno, que arremete contra algún que otro prejuicio. Un sexo confortable, en cualquier caso, exento de traumas o culpa, que deja de lado lo sórdido o lo solemne, responsable de

los momentos de mayor comicidad en esta colección de relatos donde un humor sereno con algún contrapunto surrealista no deja de estar presente.

Se trata de una prosa de oralidad cordial, fraternal, trabajada a partir de un humor sereno. Postigo escribe asomado a los barcos fondeados en el puerto, a las partidas de pesca, a las calles, mercados y cementerios con la naturalidad de quien sabe que en cualquier ciudad todos estos lugares como sus hombres son los mismos. El resultado no es el oficio de quien escribe entre otros oficios, sino la de un hombre que escribe confundido entre otros hombres.

Crónicas de un hombre de acción

Si algo destaca en este libro de

Besos de pez

Javier Postigo

AA ediciones. Narrativa racionival. Vitoria 2008



'Besos de pez' es lo que promete: pequeñas burbujas de oxígeno, un anecdotario de afectos, de querencia animal

relatos es la amabilidad con que ha sido digerido un tiempo sórdido. La nostalgia, el amoroso olvido de una doméstica crueldad. En un tiempo en el que los burdeles recomponían aquello que el confesionario dejaba en riguroso desorden. Un tiempo sin globalizar donde a nadie extraña encontrar una comunidad de habitantes organizada a partir de una lógica propia; como el Calabuch de Berlanga, o los reductos a realistas que idearan Wenceslao Fernández Flórez en *El bosque animado* o Rafael Azcona en *Ana, nece que no es poco*. Todos ellos han dejado alguna huella en Miñón y Miñonete, los dos pueblos de su relato; *¡Que vivan los novios!* donde se dirimen por cuenta e inge-

nio propios las diferencias que impuso la guerra civil.

Un tiempo en el que la imaginación suplía la negación de los sentidos, y una simple travesía en una chipironera remontando el Urumea desde Martutene hasta la desembocadura, sorteando la marea entre las rocas y los puentes, venciendo al río cuando el mar lo empuja, la rompiente en la barra del kursal, podía transformarse en una gesta épica que en nada desmerece a la que Bogart y Hepburn aprendieran en *La reina de África*.

Postigo es un hombre de acción. Sus personajes contagian una elemental pulsión vital. Con cada secuencia, detrás de cada trama se celebra un sincero y tier-

no contacto con los hombres. Hombres concretos, pobladores de sus lugares, personajes con sus partidas de nacimiento en la mano, todos en un mismo tiempo, a favor del tiempo, en el disfrute del mero estar siendo en la cierta compañía de los otros.

Personajes que intervienen la realidad, su discurrir ajeno, que la trasforman tímidamente, o tienen la sensación de haberla puesto en marcha accionando algún oculto resorte. Todos condenados a participar de la vida de los otros. En los relatos de Javier Postigo ningún hombre está solo.

Sus personajes están confundidos en el mundo de todos. Nos acompañan un fragmento del trayecto, nos hablan de las complicaciones en que andan metidos o de sus discretas hazañas, luego desaparecen, aunque siempre sabemos dónde encontrarlos. Días más tarde, cuando bajamos de un autobús o subimos a un taxi, cuando estamos de viaje o sentados a una mesa, o vemos una pintada anónima en un cartel publicitario, o simplemente nos asomamos al espigón y escuchamos los carretes templando el sedal, la promesa de las capturas, sabemos entonces que todo lo contado fue cierto, que Javier Postigo estuvo allí.

Besos de pez es lo que promete: pequeñas burbujas de oxígeno, un anecdotario de afectos, de querencia animal. Celebración de lo vivido, del común accidente del simple existir.

Postigo es una voz despierta y hábil, bien pertrechada para la aventura. Detrás de cada personaje se pronuncia un discreto epicúreo dispuesto siempre a afrontar el saludable precio de haber pasado por la vida con un sí en los labios.

Jon Obeso Ruiz de Gordoa